

Versaciones de un chupaplumas

Había logrado recordar

[1]



con asombrosa nitidez a la fisioterapeuta dando un salto y poniéndose como loca de contento de pie y, secándose los últimos restos de lágrimas con el kleenex que arrojó luego con descuido — y “acertando a la primera, y no como otros” dijo mi madre¹, que cuando quiere zaherirme pronuncia unas eses muy largas — a la papelera del rincón, se volvió con los ojos radiantes de júbilo hacia el chico y preguntó si era aquello verdad porque, si de verdad era cierto y no una imprevisión más

de “este sin fuste”², ella se volvía tan feliz a su pueblo y se olvidaba del apartamento y, antes de que las cosas se complicaran y se viera metida en una historia de amor “que podría ser muy bonita, sí, pero enamorarme no entra del todo por lo pronto en mis planes” — dijo ya muy tranquila —, hasta del polaco.

¹ Con esa costumbre tan antipática que tiene de mirar mi trabajo por encima del hombro y traer a colación, tanto si viene al caso como si no, que podía yo muy bien haber sido otra cosa “tanta ilusión como le hubiera hecho a tu padre, toda su vida de mono, entre motores y aceites y embragues, el verte hecho un economista, o un abogado, pero dijiste «yo no quiero mancharme las manos» y, míralo al niño, hombre de letras”. Y con la misma cantinela siempre.

² Que luego, claro, me di cuenta en seguida de que tendría que cambiarlo porque era muy poquito probable que aquella joven a la que apenas conocía utilizase — y menos para referirse a mí, tan poquísima confianza como teníamos, habiéndonos visto no más de un par de veces — una expresión que era tan genuina (en su caso sí para referirse a mí) de mi madre.

Versaciones de un chupaplumas

Había logrado recordar

[2]

— Pero, pequeña — doña Celedonia se llegó hasta ella y, retirándole con el pañuelo³ los restos de rímel que quedaban en sus mejillas, dijo en tono triste —, no es necesario ya que disimule.

Y que era ya una labor, además de en exceso penosa, inútil el empeñarse en no querer reconocer que se había fijado en su marido pero — le dijo también — era ella, “es usted”, además de una jovencita encantadora llena de posibilidades y con toda una vida por delante, una profesional muy competente a la que no habrían de faltar ancianos¹ a los que rehabilitar.

¹ que no tuvieran — “como éste”, dijo dedicando a su esposo una fugaz mirada resentida — el inconveniente añadido de no saber asumir que hay que ser fuerte, y valiente, y representar con alegría y hasta sus últimas consecuencias el papel que a cada uno “porque todos en esta vida tenemos el nuestro” — puntualizó — nos asignó nuestro creador incluso ya antes de nuestro nacimiento.

³ Porque después de haberlo centrifugado el chiquillo y con tanto esfuerzo me negué, en un tal vez último intento de salvar mi dignidad, a que se quedara sin utilizar.